

*Promesa cumplida*

*Lin Marrod*

Ese día de abril, jueves 22, amaneció radiante. El exclusivo vecindario, en las afueras de la gran manzana, despertó en calma. Algunos de los residentes volvían de su rutina de entrenamiento matutina.

Isabela, asomada a la ventana de su moderna cocina, los veía retornar por el camino empedrado del parque. Descalza y cubierta por una bata de seda, se apoyó en la encimera, mientras bebía su café. Contemplaba la hermosa mañana a través del ventanal cuando sus vecinos recién casados, Lety y Byron, atrajeron su mirada. Con su ropa deportiva a juego, se besaban contra el tronco del árbol que marcaba el inicio del sendero. Esa imagen le hizo desviar la mirada.

Si fuera otro día, hubiera sonreído ante el cuadro desesperado de bocas y brazos que se perdían en el otro, como si fuera la última vez. Ellos le recordaron la pasión desenfadada que William despertaba en ella. Ese día no podía ver esa imagen desde la misma perspectiva. No quería ser paranoica, pero su esposo se había comportado distante la última semana y eso comenzaba a inquietarla.

Desde la medianoche había esperado ansiosa. Apenas pegó ojo imaginando con que la sorprendería ese aniversario, pero nada sucedió. Al amanecer, él dijo un “buenos días” a secas. Fue la primera vez que ignoró su mirada lujuriosa al verlo salir de la ducha, envuelto en la toalla. Ese no era el William que ella amaba. Él jamás se había resistido a sus provocaciones y eso fue el golpe de gracia. Su estado de ánimo en esa mañana le recordaba a la Isabela de diez años atrás. Sentía la inseguridad y el miedo que vivió en su primer matrimonio.

Con la taza en la mano, caminó hasta el comedor. Como en los viejos tiempos, había preparado un desayuno fastuoso y ni siquiera había probado bocado. Con pesar, se descubrió con ganas de echar un poco de licor a su café y apartó la idea tan rápido como llegó a su mente. Beber nunca solucionó sus problemas.

Se recostó al marco de la puerta divisoria y contempló la escena ante ella. Sus cuatro hombres se sentaban alrededor de la mesa del comedor. Los mellizos, Matthew y Marcus, se tiraban sobras del desayuno. William ni se daba por enterado. Metido de lleno en el diario, pasaba las páginas, tanteando la mesa en busca de su taza de café. Teo, el benjamín de la familia, leía una historieta con el vaso de zumo a medio camino de su boca. Isabela sonrió al verlo, era como si se encerrara en un mundo donde solo había espacio para él y sus superhéroes. Le había pedido infinidad de veces que no leyera en la mesa, pero lo pasaba por alto, porque ella aún no se liberaba de esa molesta costumbre.

—Amor... ¿Rellenas mi taza?

La voz de William la sacó de su contemplación. Era una de las cosas que adoraba de él. Esa voz grave, que en las mañanas alcanzaba los niveles más bajos y la hacía erizarse de pies a cabeza. Con el ceño fruncido, se acercó a él. Era evidente que había olvidado el día en que estaba viviendo.

A pesar de lo molesta que estaba, se vio fantaseando con sentarse sobre sus piernas, zafarle la corbata, escuchar el ronco “te deseo” que desataba sus ganas. En diez años jamás se había sentido tan vulnerable.

En un arranque de impotencia, estuvo tentada de derramar el oscuro líquido sobre el impecable traje. Era eso o gritar como una loca toda la inseguridad de los últimos días. Cuando él dijo gracias, sin siquiera mirarla, dejó sobre la mesa la cafetera, que aún tenía en la mano, arrepentida de no haberlo hecho.

—Recojan este reguero inmediatamente —dijo, al ver el trozo de bizcocho aterrizar junto a ella—. Y tú, Teo, deja el libro y toma tu mochila, o llegarás tarde.

—Vamos, chicos —intervino William, al ver el ceño fruncido de su esposa—. Es hora

En fila india, cada uno de sus hombres se despidió.

Isabela contuvo un impropio cuando su esposo le plantó un beso en la frente y le dijo con esa voz condescendiente:

—No llegues tarde, preciosa. No abuses del bueno de tu jefe.

«Bueno y un cuerno», pensó ella, al borde de las lágrimas.



Isabela contempló su imagen en el espejo del baño para mujeres. Tenía ciertas reglas en su vida: si se sentía infeliz, se vestía para darle un chute gigante de autoestima a su ego. Era obvio que “al bueno de su jefe” no le había gustado para nada su imagen. Sobre todo, porque el impertinente de Tom no pudo evitar el brillo de su aura al verla, era roja lujuria a la máxima expresión.

Se miró una vez más. El cabello, rubio y liso, caía en capas hasta el centro de su espalda. El vestido negro marcaba cada curva, el escote cuadrado dejaba entrever un hermoso par de pechos. Los *stiletos* rojos... Fueron esos los que molestaron a su jefe, podía apostar.

Se retocó el color rojo de los labios, el aspecto casi natural de su cuidado maquillaje los hacía relucir en su rostro ovalado.

Salió del baño y caminó hasta la oficina. La malograda reunión con la junta directiva le preocupaba. No debió mezclar sus sentimientos con trabajo, no era su estilo. Comportarse como una niña mimada y cabeza dura le molestaba más a ella que a su jefe. Tampoco debió enfrentar a Tom, quien disfrutaba a lo grande discutir con ella. Lo único que le faltó fue babear en esa reunión.

«Maldito enfermo», pensó al recordar el momento en que se había pasado la lengua por los labios mientras se la comía con los ojos.

Su mente no dejaba de pensar en que William había olvidado un día tan importante para ambos. Aunque reconocía que estuvo mal, había actuado en esa reunión acorde a la frustración que sentía.

A través de los paneles de cristal, pudo ver al temido jefe sentado tras su escritorio. Todos los ojos de la compañía estaban sobre ella. Recordó, minutos antes, a una de las secretarias acercarse para mostrarle su apoyo ante la reprimenda que le esperaba. Se consoló pensando que no era la primera vez que se enfrentaba a él y que tampoco sería la última.

En la empresa, nadie sospechaba de su relación. Él había fundado MMTDesigns y cuando ella aceptó trabajar allí, decidieron mantener el secreto. Tenía que reconocer, aunque a veces la situación se saliera de control, que la punzada de los celos avivaba el fuego entre ambos. Él odiaba la manera en que Tom se comportaba con ella. A ella le costaba mantener la calma cuando escuchaba a sus compañeras de trabajo decir lo que le harían al jefe, si tuvieran la oportunidad.

Vio la señal impaciente de él para que entrara y, decidida, empujó la puerta de cristal.

—¿Qué crees que estabas haciendo?

—Vaya... ni siquiera me invitas a sentarme.

—No estoy para bromas, Isabela.

—Tanto alboroto por unas palabras exaltadas. No se murió nadie, ningún satélite cayó del cielo y la tierra sigue girando a la misma velocidad.

—No tienes noción del peligro —soltó él, con los puños sobre el escritorio.

—¿Es una amenaza?

—Lo es. Estoy cansado de que no me escuches cuando te hablo.

—Tanto lío por ese baboso.

—Ese baboso adora molestarte. Le excita discutir contigo y tú le sigues el juego. Debe estar masturbándose.

—¿Y a ti? ¿También te excito?

—A mí me tienes hart.

—¿Por eso no cumples tus promesas?

—Te prometo, aquí y ahora, que vas a arrepentirte de tu comportamiento.

—Muéstrame cuan hart estás —ronroneó ella, y dio un paso hacia él. Apoyó las manos sobre el escritorio.

Él miró el tentador escote y desvió la vista al exterior.

Isabela sonrió, había ganado ese asalto.

—Últimamente, te ha dado por desafiarme. De verdad que no mides tus acciones. Estás jugando con fuego. Tengo el presentimiento de que hoy te quemas.

—Qué miedo —murmuró Isabela en tono burlón.

—¿De qué color es tu ropa interior?

«Bingo», pensó ella, y contuvo una sonrisa.

—No te importa.

—Si es roja, estás en problemas —dijo él. Su expresión despejaba cualquier duda sobre la verdad de su amenaza.

—Averígualo.

—Sabes que odio a las mujeres fáciles.

—Lo fácil es algo que no obtendrás nunca conmigo. No olvides lo que te costó convencerme. Creí que a estas alturas ya lo sabías, ¿o será que eres más tonto de lo que parecen?

Un músculo contraído por breves segundos delató la tormenta tras la expresión calmada del hombre.

—Si me paro de esta silla, se termina la discreción. Voy a azotar ese trasero respingado delante de toda la empresa.

Isabela se estremeció. Con él no era sano jugar a la dominante. Resopló molesta. Su cuerpo le recordó cuanto disfrutaba esos juegos previos, pero ese día no habría ni previo ni ulterior. No estaba dispuesta a dejar que su libido se impusiera a su orgullo.

—Tengo mucho trabajo, jefe. Si no tienes nada más que decir, debo marcharme.

—No vuelvas a enfrentarte a Tom. Nunca más, Isabela.

—¿Y si lo hago para provocarte? —preguntó, obviando la amenaza implícita en llamarla por su nombre completo—. ¿Has pensado en eso?

—Diría que enloqueciste. ¿Ya olvidaste lo que pasó la última vez que me desafiaste?

El cuerpo de la mujer se estremeció recordando la fusta. Debió usar su palabra de seguridad aquel día, pero era demasiado competitiva, demasiado adicta a la bestia que ese hombre mantenía a raya.

—Tendrás que perdonar mi comportamiento. Mi día es un caos. El imbécil de mi marido me ha decepcionado.

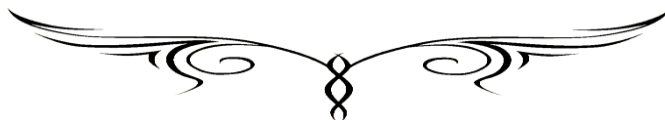
—Recoge tus cosas y lárgate. Necesitas una ducha fría para aclararte.

—Te odio —Isabela apenas contuvo el sollozo.

—¡Haz lo que digo! —ordenó él al notar su actitud desafiante—. Esta no eres tú. No me gusta tu alteración.

—¿Alterada dices? ... ¡Frustrada y decepcionada! Así me siento.

—Siente lo que quieras, pero no olvides pasar a recoger los registros por el área comercial. Frustrada o no, tendrás que hacer tu trabajo en casa.



Isabela, a duras penas, contuvo las ganas de cerrar la oficina del jefe con un buen portazo. Se marchó a su lugar de trabajo, recogió los documentos y se fue directo al ascensor.

Enfurecida, apretó las carpetas que llevaba en la mano. Pensó que él la mandaba a casa por puro capricho. Si no mantuvieran su relación en secreto, Tom no se acercaría a ella ni a kilómetros.

«Ese tonto vio mi frustración con solo mirarme a la cara y decidió aprovecharse», pensó, recriminándose por haberle seguido el juego.

Salió al aparcamiento. A esa hora ni un alma deambulaba por el lugar. Era plena jornada laboral y solo ella no estaba en su puesto de trabajo gracias al maldito jefe.

Recordó su imponente imagen tras el escritorio. El odio y el deseo se disputaron sus pensamientos. Era uno de esos días en que, si pudiera hacerse con el látigo, lo azotaría por imbécil, por creído, por desearlo con locura...

Mascullando palabrotas entró en el coche. Lanzó las carpetas al asiento trasero. Al girarse, sus ojos divisaron la flor sobre el capó y el sobre bajo ella. Salió y miró a todas partes. No se veía a nadie en el aparcamiento. Tomó la rosa roja y, apoyándose en el coche, abrió el sobre. Demasiado tarde comprendió las palabras escritas en el papel:

*No es lo mismo llamar al diablo que verlo llegar.*

No tuvo tiempo a nada. Una figura emergió del suelo, junto al lateral de su coche. Gimió al sentir la fuerza con la que la giró para luego aplastarla sobre el frío metal. Se revolvió contra el cuerpo que la mantenía inmóvil. Su piel se erizó al escuchar el sonido de la brida cerrándose en sus muñecas.

—¡Suéltame!

—Cuando acabe contigo. Primero tienes que entender que desafiarme es una muy mala idea.

Sintió esas manos recorrer sus muslos hasta la entrepierna. La tremenda erección pulsaba contra su trasero.

—Cobarde. Tienes que atarme para hacer tu voluntad.

—No. Te ato porque te encanta.

Sin delicadeza alguna, rasgó las bragas y la obligó a separar las piernas. El gemido de Isabela se repitió en el lugar al sentir los dedos hundirse en su humedad. Con una mano de él sosteniendo su nuca y la otra perdida en su entrepierna, se rindió a la inevitable reacción de su cuerpo.

—Quiero oírte gritar, Isabela.

—Tendrás que esforzarte más.

—¿Recuerdas mi promesa?

Ella estaba recordando sus palabras en la oficina cuando lo sintió levantar el ajustado vestido. El gruñido del hombre, al ver aparecer el ligero rojo y el minúsculo tanga del mismo color, la estremeció.

—Te lo advertí.

La palmada en el trasero la hizo gemir. Cuando se ponía en modo bestia, esa mano enorme no era cosa de juego. En sus inicios la asustaba. El tiempo le demostró que había un placer inmenso esperándola después de unas formidables nalgadas.

Para el cuarto golpe sus exclamaciones de placer llenaron el lugar. La mano libre hurgaba entre sus piernas. Aquellos endemoniados dedos se hundieron en ella, frotando el clítoris a un ritmo que no pudo soportar. Resistirse al placer tan deseado no era opción. Su orgullo cedió a los ruegos de su cuerpo. Se contrajo, gimiendo, lista para complacer cada pedido suyo.

Al primer grito, él se detuvo. Ella lo hubiera matado. La había dejado al borde de un orgasmo que prometía la gloria. Se consoló al sentir el sonido del cinturón y la cremallera abriéndose. Iba a incorporarse cuando las manos del hombre se cerraron sobre sus caderas.

La primera embestida la dejó sin aliento. Tocó fondo en su vagina activando las terminaciones nerviosas de todo su cuerpo. Sus puños se cerraron ante la profunda invasión. La respiración entrecortada agitó su pecho. Iba a protestar, pero el estremecimiento de su cuerpo anunció el calmado y placentero compás al que él sabía que no podría resistirse.

—Córrete para mí.

—No —respondió ella, sin aliento.

—Vamos, Bella. Te mueres por gritar y pronto vas a suplicar.

—Estúpido creído —gimió ella aplastada contra el capó—. Te odio.

—Y yo te deseo a rabiar, loca —sonrió él, y la mordió en la nuca—. Vamos, córrete para tu macho.

—¡Dije que no!

—Esto no es una democracia, Isabela. No estoy pidiendo, estoy ordenando.

El dobladillo del vestido se desgarró ante el inesperado tirón. Él la giró y, tumbándola sobre el coche, la embistió. Su boca contuvo el grito de la mujer. Sin dejarla recuperarse, descubrió sus pechos. Mordió su redondez sobre la media copa del sujetador. Apartó el encaje y chupó los delicados pezones. Sus manos se cerraron sobre las nalgas. La sostuvo contra su cuerpo mientras caminaba hacia la pared cercana. Isabela notó el duro cemento en la espalda.

«Estoy perdida», pensó al sentir la mano entre sus nalgas, los dientes mordiendo sus pezones y esa polla del demonio llenándola a un ritmo imposible. Ignorando la sonrisa de satisfacción del hombre, se dejó ir. Entre gemidos, intentó besarlo y él evadió su boca.

—¡Maldición, bésame!

—Tienes que ganártelo, Isabela.

—¡Fóllame!

—Quiero hundirme hasta el fondo en tu culo —dijo él, y sus dedos invadieron la estrecha cavidad.

—Sé que no lo harás sin mi permiso —dijo ella con una sonrisa lasciva—. Bésame o mi respuesta es no.

Isabela se mordió los labios al sentir el movimiento de sus dedos. La boca del hombre descendió sobre la suya. La mordió y le metió la lengua hasta la garganta.

Ahogándose los dos, cada cuerpo respondió al otro en perfecta sincronía, en una danza tan antigua como los tiempos. Se vio envuelta otra vez en las redes de ese placer pecaminoso. Su cuerpo se contrajo por segunda vez, ansioso por liberarse, exigiendo todo.

Lo odió por conocerla tanto, al punto de saber que no podría mantener su palabra tras un segundo e intenso orgasmo. Era un misterio para ella, pero su cuerpo necesita terminar con esa penetración anal que con él era una experiencia única e inexplicable.

—Bájame —pidió entre gemidos.

Se giró contra la pared y apoyó la frente en ella. Arqueó la espalda y empujó su trasero con total descaro. Al sentir la brutal penetración, a la que no renunciaría por nada del mundo, mordió la mano que cubrió su boca. Se concentró en la sensación de tenerlo al completo. Se entregó al placer del hombre que dominaba sus sentidos. El que se coló en su vida vacía y la transformó en la demente que respondía a todas sus provocaciones.

—Eres mi puta —susurró él, y le mordió el lóbulo de la oreja.

—Lo soy —respondió ella en un gemido.

—Córrete otra vez para mí.

—Lo haré si te corres conmigo.

El tirón en el cabello la hizo gemir. Se pegó a su pecho y giró la cabeza buscando su boca. Se besaron como locos.

Entre gemidos y maldiciones él se vació en ella. Mordió los labios de la mujer al sentir en sus dedos la humedad empapándolos, el palpitar del sexo que su mano cubría.

—¡Dios! —dijo William. Se separó, sacó la navaja suiza del bolsillo y cortó la brida—. Me haces cometer locura tras otra

—¿Yo? ¿Tendrás poca vergüenza? —dijo ella, y se alejó arreglando los despojos de su vestido—. Tú eres siempre el causante de todo.

William terminó de poner orden en su ropa y se acercó a ella. La abrazó a su cuerpo y besó su boca con una ternura.

Isabela devolvió cada beso, cada caricia, con las mismas ganas. Arropada por sus brazos, su mente voló a los días en que la conquistó con métodos poco ortodoxos, pero realmente efectivos.

—Feliz día, mi bella Isabela. Soy el hombre más afortunado del mundo.

El susurro en el oído le llenó los ojos de lágrimas. Él no había olvidado el décimo aniversario. No debió dudar, pero el muy imbécil era un actor consumado.

—¿Por qué me haces esto? —protestó entre sus brazos—. Me has vuelto loca la última semana.

—Dime que esto no estuvo mejor que un regalo a la medianoche. Quería sorprenderte de verdad. Mereces todo en esta vida y voy a dártelo aunque a veces me comporte como un capullo.

—Pensé en devolver mi regalo.

—Pero no lo hiciste —dijo él, y le robó un beso—. ¿Con qué vas a torturarme esta vez, mi diosa de la lujuria?

—Tendrás que esperar para ver mi regalo —dijo Isabela, y le rozó los labios con los suyos.

—¿Será el equipo de sado que llegó por Amazon?

—No es posible... No puedo ocultarte nada.

—Tranquila. Mi regalo está en el coche y combina de maravilla con el tuyo.

Abrió el maletero y sacó la bolsa negra.

El logo en ella dibujó una sonrisa en el rostro de Isabela. Lo primero que vio fue el corsé, le siguió el ligero y el conjunto de sujetador y tanga.

—Lencería erótica —dijo él, y le hizo un guiño con el hermoso corsé en la mano—. Fiel a mis inicios

Isabela lo besó, desenfrenada. Ese hombre tenía el poder de hacerle perder la compostura con una mirada. Sus manos recorrieron la espalda bajo la chaqueta del traje. Clavó las uñas en los contraídos músculos. Gimiendo, buscó su boca. La palmada en el trasero la detuvo.

—Calma, gatita, basta de locuras. Tendrás todo lo que quieras esta noche. Lo prometo y sabes que siempre cumplo mis promesas.

—Me parece perfecto. Tú pasas por el instituto a por Teo y yo me encargo de la cena.

—¿Por qué? ¿Qué hizo ahora?

Isabela frunció el ceño al ver las bragas destrozadas en el suelo frente al coche. Se inclinó por ellas y la mano de William le acarició el trasero. Le dio una palmada, apartándolo.

—Basta, enfermo.

—Es que no me haces caso. ¿Qué hizo tu hijo?

—Es mi hijo cuando pasa algo malo.

—Me preocupa que sigas dándome evasivas. ¿En qué lío se metió ahora?

—No lo sé, amor, pero es tu turno —respondió ella, y se sentó al volante—. La última vez fui yo.

—De acuerdo. También paso por tu vino preferido y en el trayecto tengo una conversación con nuestro polluelo genio. Espero que no haya explotado el laboratorio de química.

—No, amor, eso ocurrió el curso pasado.

William cerró la puerta del coche riendo a carcajadas.

—¿Lo ves? Por eso es como es —protestó ella—. Le ríes todas las locuras.

—También soy condescendiente contigo y no veo que te quejes.

—Y no lo haré —sonrió ella haciendo un guiño coqueto.

William se inclinó hacia el coche. Su mano acarició la mejilla de la mujer.

—Tenemos que deshacernos temprano de nuestros hombreros.

—Eso está hecho —aseguró Isabela y le dedicó un guiño coqueto.

—Te amo, esposa mía. No tardaré. Maneja con cuidado.

Esperó a verla salir del aparcamiento y con una sonrisa inmensa, volvió a la oficina.